

CAPITULO VI

SISTEMA TEMPLARIO.—Su exposición y algunos de sus patronos: Saint-Albin, P. Gautrelet, Eckert, Gyr, P. Barruel, Henrion, P. Deschamps, D. Benoit, Exmo. Dechamps, Schlegel, etc.—1er. argumento: Historia masónica: no vale pizca.—2.º Autoridad elevada á la categoría de consentimiento general de los hombres ilustrados.—3.º Grados masónicos. larga instrucción sobre ellos: reyerta fingida y amena entre simbolistas y escoceses: Colonia y Avila otra vez en escena.—4.º Tradición: filosofías, datos sueltos y encadenados, historia, testimonios á manos llenas y á qué quieres boca.—5.º Analogía: clara como el sol: un jesuita incomparable.

La deducción última del capítulo anterior nos lleva de la mano á la investigación de más altos orígenes, siendo el primero que se nos brinda en nuestra marcha ascensional el templario.

Del cual dice el concienzudo Saint-Albin (1): “De todos los sistemas enumerados por el h.º. Bazot, ninguno reune en su favor tantos sufragios formales, lo mismo entre los masones que entre los profanos, como el que considera en la masonería la continuación de la orden del Temple, proscrita por el Rey y condenada por el Papa, á principios del siglo XIV.”

Lo que tan sin vacilar asienta Sain-Albin, lo repite y hace suyo el P. Gautrelet, el prudente y docto Gautrelet, quien á

(1) San Andrés le llama el h.º. Díaz Pérez. Allá se van. ¡Qué botarate!

más nos abre sobre esto su pecho con la más ingenua y firme convicción con estas expresiones: “En la contienda de si la masonería es *vieja* ó es *moza*, distingamos entre la existencia de la masonería como *sociedad organizada* con sus grados, estatutos, reglamentos, doctrina fija, objeto y medios determinados; tal, en una palabra, como ahora se muestra á nuestros ojos, y la existencia en el mundo de ciertos hombres que profesaban y tendían á actuar en su vida los principios de la masonería, animados de iguales sentimientos y dirigiéndose á fin idéntico, bien que de una manera vaga. En el primer sentido la masonería es *nueva*, engendrada de los *templarios*: en el segundo es tan *antigua como el mundo*.”

No se desvía del común sentir el ilmo. Dechamps, antes lo propone y afianza. A capa y espada lo defiende Eckert, y el fiel discípulo Gyr á su lado. Si bien lo repudia el P. Bresciani perapetado en cierta falaz declaración de la Carta coloniense, por haber caído resueltamente en la red de aquella dolosa protesta ó estratagema, á todos ya patente; en cambio el gran maestro en ciencia masónica abate Barruel con su indispensable satélite Henrion, el P. Deschamps con su respetable secuaz y fiador D. Benoit, rompen lanzas por el mismo sistema con la irresistible pujanza de su lógica, bien que encumbrando todos ellos á edades mucho más apartadas las fuentes primeras de la masonería.

La parte histórica del sistema la expone sucinta y perspicuamente el ilmo. Dechamps.

“Aquellos arquitectos y albañiles, refiere, desde la Edad Media se llamaron francmasones [*francos ó libres albañiles*], porque formaban una corporación ó gremio de constructores, que por merced de ambas potestades gozaban de grandes franquicias y de la exclusiva para ejecutar ciertas obras de arquitectura. Guardaban secretos sus procedimientos, y á ellos de-

ben atribuirse en su mayor parte las catedrales y los demás grandiosos edificios religiosos y civiles de aquella época.

“La corporación masónica fué enteramente inofensiva hasta sus postrimerías, ó sea, hasta el siglo XIV, en que los métodos de arquitectura vinieron á noticia de todo el mundo. Mas entonces fué cabalmente cuando perdió su carácter primitivo, al recibir en su seno á gente peregrina en el arte de edificar. Algunos miembros de la Orden del Temple, cuya supresión coincidió puntualmente con esa decadencia del gremio, asieron de la oportunidad para colocarse en las escuadras de éste. Ahora júzguese como se quiera de la culpabilidad de toda la orden y de sus jefes, por la historia patentemente consta, que muchos de aquellos caballeros profesaban una doctrina secreta, bebida como las primeras herejías en las cenagosas fuentes de Oriente, infectas de gnosticismo, judaismo é islamismo, y derivada en parte bajo este concepto de los errores antiguos. Muchos templarios contagiados de esta lepra se refugiaron en las filas de la decadente corporación de francmasones, torciendo su naturaleza y su objeto. A este acaecimiento alude visiblemente el *Anuario del Gran Oriente de Bélgica*, cuando afirma lo siguiente de la masonería: “Algunos sabios la reputan nacida de las iniciaciones egipcias, con que es de suponer se familiarizarían en Oriente los caballeros del Temple, de los cuales los francmasones pueden tenerse como los continuadores.” Estos templarios, que fueron los primeros francmasones propiamente dichos, conservaron los nombres y los instrumentos del arte de edificar, aunque dándoles una significación puramente simbólica; y como estos primeros francmasones eran escoceses, nada de extrañar es que en las Islas Británicas aparezcan las primeras huellas de la masonería, organizada con corta diferencia como hoy se la ve, al menos en su exterior, porque sus ocultas tendencias eran entonces menos acentuadas y en su plenitud

no se descubrían ni á sus propios miembros. Así es, que los lores ingleses eran masones desde los primeros años del siglo XIV, y desde principios del XVI la masonería en Inglaterra contaba por protector á Enrique VIII (1).”

La exposición es cabal y conteste en un todo con la tradición dominante; trazada además con espíritu tan sereno, con tan seguro aplomo y en estilo tan límpido y sosegado, que predispone el ánimo al convencimiento. Si á esta recomendación no estudiada ni pretendida, se allega la circunstancia del país en el cual y para el cual se compuso la obra, Bélgica, una de las naciones más castigadas por la secta; el especial motivo y ocasión de haber sido aquella publicada en los días y á causa de la cruenta lucha de los católicos con la masonería belga y francesa; las prendas personales del autor, fuera de su dignidad altísima como Cardenal de la Iglesia y Primado, sabiduría, erudición y notable gravedad de carácter; la forma particular del escrito, que de suyo demandaba más estudio y mayor reflexión, una polémica empeñada con sectarios de varias denominaciones, masones, protestantes y racionalistas; todo bien meditado hace, que las terminantes aseveraciones del insigne personaje revistan por sí solas la importancia de un argumento nada despreciable.

Antes de engolfarnos en la enumeración y ponderación de las pruebas, se nos haría cargo de conciencia y nos remordería como de fraude silencioso contra la estricta ley de la imparcialidad, si pasásemos por alto otro nombre ilustre y otro pasaje para el presente caso nacido y remarcable. El nombre es el de Federico de Schlegel, y el pasaje, tomado de su *Filosofía de la historia*, es el siguiente:

(1) *La Franco-Maçonnerie*, ch. II.

“Por lo que mira al origen ó fuente, de donde la influencia interna [esotérica] de la masonería se ha derramado por Europa, sea cual fuere el motivo ó interés que haya en negarlo ó en sostenerlo, del desnudo examen de los hechos resulta *casi* evidente, que la *orden de los templarios* fué EL PUENTE por el cual todo este conjunto de misterios pasó á Occidente, en cuanto á la forma al menos, que es la misma hoy que entonces. Los símbolos de la masonería no se explican sino por medio de las tradiciones de Salomón y las relativas á su templo, á las cuales va ligada la institución misma de la orden.

“La sola idea de semejante sociedad, de semejante doctrina puramente esotérica, y de su propagación secreta, no es compatible con el Cristianismo; porque este es de suyo un misterio divino, pero misterio que, conforme á los designios de su Fundador, está patente á todas las miradas y diariamente es celebrado sobre todos los altares. Por esto mismo justamente el secreto, que en los misterios paganos subsistía al lado de la mitología y de la religión nacional y popular, y que era exclusivo patrimonio de los sabios y los iniciados, este secreto, repito, no se aviene con una revelación destinada para todos los hombres, ántes por su propia virtud lo condena y lo rechaza.

“Una sociedad, de cuyo seno, como de una fragua en que *el genio de la destrucción forjaba sus armas, salieron los iluminados, los jacobinos y los carbonarios*, no podía presentar una tendencia verdaderamente cristiana, ni ser *políticamente justa, ni ejercer sobre la humanidad en general ninguna acción bienhechora.*”

A las cuales palabras el P. Deschamps añade por vía de comentario esta nota: “La mayoría de los escritores modernos están acordes en reconocer la orden del Temple por origen de la masonería, al menos *mediato.*”

Algún modernista de esos tan suficientes, digo, tan desdeñosos, al pasar de corrida los ojos por aquella cláusula de Schlegel—“del desnudo examen de los hechos resulta *casi evidente, que la orden de los templarios fué EL PUENTE, etc.*—” gritará con la boca llena de sabio énfasis: esto no puede ser. Tiene vd. razón: ¡si Federico Schlegel no sabía ni historia! y el P. Deschamps ¿quién ignora que era un gazzápiro ó un metesillas cualquiera?

Los fundamentos en que estriba el origen ó sistema templario se reducen á estos:

- 1º Historia masónica.
- 2º Autoridad.
- 3º Grados masónicos.
- 4º Tradición.
- 5º Analogía.

Eckert [1] es el que más se detiene en desenvolver el argumento histórico, al cual pueden referirse también ciertas consideraciones generales de la filosofía imaginaria ó convencional de la historia, tan del gusto de algunos historiadores hueros de nuestros días, y semejante á las lucubraciones fantásticas de muchos masones. El P. Gyr maneja la historia de su maestro, adornada con algunas consejas del amigo Rebold, con quien ya trabamos conocimiento, y con otras alegaciones de los de la familia.

El P. Gautrelet (2) menciona, bajo la fe de un masón de polendas, el *parentesco* entre Masones y *Caballeros del Temple* ó por otro nombre *Masones del Orden de Oriente*; aduce á su favor los dimes y diretes entre iniciador é iniciando del grado Kadosch, y hace pie sobre todo en la analogía.

(1) “La Franc-Maçonnerie dans sa véritable signification.”—1854.
 (2) “La Franc-Maçonnerie et la Révolution.”—1872.

Mr. Saint-Albin (1), que escribió antes que el P. Gautrelet, sobre las razones de este, se extiende más en la narrativa, y aparte del grado Kadosch, se para en la iniciación del *Príncipe del Real Secreto*.

D. Benoit esgrime también la historia, la masónica; pero donde su hace fuerte, y descuella, y triunfa, es en la analogía y análisis de los errores y horrores templarios, como primoroso especialista que es en el género [2].

Ocioso fuera resumir ni calificar al abate Barruel, ni al P. Deschamps, cuando ellos van á hacer casi todo el gasto en nuestra revista de las pruebas.

A la cual vamos á dar principio, después de recomendar á nuestros lectores y acentuar bien una advertencia de interés sumo para el caso, y es, que ninguno de los sostenedores de la hipótesis templaria, masones ó profanos, que sepamos, hace alto en aquellos fementidos Caballeros; sino que todos partiendo de ellos empujan más arriba el tronco genealógico de la masonería, proponiéndose demostrar el origen templario de esta únicamente *mediato*, no el último ó primario. Por lo cual, conforme á su intento, y hablando en plata, su empeño se reduce á persuadir y concluir, que la Orden del Temple, tan benemérita de la cristiandad por algún tiempo, mas caída después en corrupción, degenerada y merecedora de total extinción; en este triste estado fué verdadera y positiva masonería. Este deslinde y leal aclaración cortará dificultades y cerrará el paso á exigencias indebidas de los opositores, como aquella, por ejemplo, de mostrar el proceso histórico de la secta, que es punto aparte, bien que muy digno y muy susceptible de ser ventilado y puesto en claro á su tiempo y lugar.

(1) "Les Franc-Maçons."—1867.

(2) "La Franc-Maçonnerie."—1886.

Con este bien entendido comencemos ya á tantear el peso de las razones y fundamentos enumerados, uno por uno y todos en junto, si es menester.

1º *Historia masónica*.—Sola de por sí, ó tomada aisladamente, su valor es nulo. A esta franca declaración nos obliga la consecuencia, y nuestra firme exclusiva ya vimos qué bien justificada está por la prudencia histórica y hasta por el sentido común. A mayor abundamiento conócese sobre esto el dictámen de uno de los autores, que más á fondo y más á conciencia han estudiado los libros masónicos, Mr. Saint-Albin: "Entre los orígenes, dice, asignados á la masonería (de todos os cuales es imposible que yo dé cuenta, pues no más su lista lexcedería las dimensiones de un cumplido volumen), los que no traen ignominia, como la traen el templario y el sociniano, son extravagantes y parecen un reto echado á la credulidad de los espíritus soberbios é impíos, que no tiene límites. Mas los hombres que en las logias juntamente con su libertad no han abdicado de la razón, por más que en las doctrinas de la masonería encuentren la imagen del caos . . ." Si las doctrinas, que es lo que ante todo importa, representan la imagen del caos ¿qué esperar de plumas sectarias en la cuestión de orígenes, estafalarios los más, infamantes los ciertos, cual el templario, el sociniano, y quien dice estos, dice algún otro? Dispénnos por consiguiente los autores profanos que más insisten y confían en datos históricos de tan mala procedencia, si desestimamos la prueba basada en estos sin la fuerza de otros puntales ó discursos.

2º *Autoridad*.—Se le da contra lo más usual la primacia de lugar, por servir en cierto modo de introducción á las tres pruebas subsiguientes muy relacionadas entre sí. El argumento de autoridad en todas las controversias es atendible; tanto más sólido y consistente, cuanto la autoridad es más respec-

ble y valiosa, en proporción al número y calidad de testigos que abonan una causa. Los favorecedores de la presente no son contados, ni de mediano ó corto valer. Por lo que hace al número, recuérdese la afirmación del P. Deschamps: "La mayoría de los escritores modernos están acordes en reconocer la orden del Temple por origen de la masonería, al menos *mediato*." Son tantos por lo bajo, cuantos en virtud de los datos fehacientes é incontestables que más tarde habremos de producir, dan cuenta de las monstruosas aberraciones é inundadas torpezas de los estigmatizados Caballeros; de dichos escritores unos católicos, protestantes é incrédulos otros, de toda nación ó lengua, en obras de linaje vario, con diversidad infinita de ideas y comentarios. Y nadie se sorprenda de esta nuestra salida original, cual de un capricho raro de licenciosa fantasía, como que en el horrible haz y repugnante conjunto de aquellas impiedades, blasfemias y abominaciones de los facinerosos Caballeros, vemos nosotros destacarse retratada con todos sus rasgos y perfiles la *vera effigies* de la andante y andada masonería, y la han de ver dentro de poco, á fe de quien somos, hasta las tuertos y los ciegos. Esta consideración, si no nos engaña el cariño de padre á nuestra idea, abre anchuroso campo, llano, desbrozado y libre de tropiezos, á los defensores de la hipótesis templaria, por cuanto inicia un nuevo método de demostración formada con los mismos viejos materiales.

Siendo esto así ¿usaría acaso alguno con nosotros la sinrazón de obligarnos á exhibir los títulos del mérito, superioridad, prestigio y valía de los testigos ó autores que acreditan y sacan victoriosa la aludida versión? ¿Quién en el inmenso número de los que condenaron y condenan por criminales á los templarios, y que minuciosamente formaron el proceso de sus errores y maldades, quién será capaz de verificar el cóm-

puto de hombres eminentes por delicadeza ó severidad de juicio, por erudición exquisita é incorrupta rectitud, ornados con los más preciosos dotes de caracter, con el esplendor y copia de todo saber y literatura? Los mismos que obedeciendo á lamentable obcecación, á la indolencia para profundizar en la materia, á la vanidad de sentar plaza entre los despreocupados, á las reglas de una crítica irrazonable y exigente, acogen con soberano desdén el abolengo templario de la cofradía. mostrando no pocos envuelta en ese insultante menosprecio la hilaza de su frivolidad y lijereza; pero que por otra parte confiesan el entero capítulo de culpas de la Orden pervertida, incapaces de resistir á la fuerza persuasiva de los documentos auténticos en los últimos años desenterrados y producidos á la luz por un Michelet, por un prohombre de la secta, que con semejante paso nos suministró contra ésta y contra sí mismo el argumento *ad hominem* más soberbio; esos mismos, digo, que quieran que no, feliz é inconscientemente inconsecuentes, con su involuntaria confesión son traídos á militar bajo la enseña del origen templario y á colocarse, mal de su grado, al lado de los que á sabiendas con pujanza de discurso lo patrocinan y sustentan.

¡Oh! á la refulgente claridad de aquella reflexión, en que nos basamos para inferir las precedentes secuelas ¿cómo sube de punto y se agranda el argumento de autoridad, que cualquiera tal vez se habría sentido tentado de relegar á puesto secundario! Como que á ciencia de unos y por forzada paciencia de otros, á causa del poder irresistible de la lógica, vaya creciendo á nuestros ojos hasta ofrecer las proporciones de una especie de consentimiento general, si se atiende al reducido, al insignificante grupo de los que todavía sueñan con la inocencia de la extinguida Orden templaria, que es mucho soñar.

3. ° Grados masónicos.—Lo explotan Saint-Albin y el P. Gautrelet. Los grados en que ellos particularmente se fijaron, ó que se prestan mejor á la presente argumentación, son el de *Caballero Kadosch* y el de *Príncipe del Real Secreto*. Véase cómo procede Saint-Albin en su propio lenguaje:

“A nuestro favor está el Ritual masónico, especialmente el relativo al grado de Caballero Kadosch, el cual exige que él iniciando ó graduando vengue la injusta condena de Santiago Molay,” sea figurativamente en los causantes de “su suplicio, sea implícitamente en quien por derecho sea acreedor,” es decir, en el Papa y en el Rey. “¿A quién conoceis?” se pregunta al Caballero Kadosch.—“A dos hombres abominables.—“¿Quiénes son?—Felipe el Hermoso y Bertrán de Goth.” Sabido es que así se llamaba Clemente V.”

“Cuando el Caballero Kadosch pretende el grado de Príncipe del Real Secreto, el Gran Comendador le pregunta: “¿Quién sois?” Responde: “Mi nombre es Kadosch, vástago de una orden injustamente proscrita más de cinco siglos ha.”

“En la recepción el Gran Comendador le endereza un discurso, en que el sistema que hace dimanar la masonería de las antiguas iniciaciones, se enlaza muy diestramente con la tradición recibida de los templarios.

“Los Magos, dice, nuestros antepasados, abandonaron el Egipto en el año del mundo 3095 [1], y fueron á residir en Jerusalén. . . . llevándose los anales del Orden, y allí fijaron el depósito de sus *escritos* luminosos. . . .

“Después de la toma de la ciudad por Tito Vespasiano . . . se refugiaron en la Scitia y la Tebaida. . . . contando entre sus adeptos á San Juan el Limosnero, quien más adelante fué ele-

(1) Los años se computan conforme á la *era masónica*, que es la del mundo.

gido Gran Maestre y dió su nombre á una rama del Orden [4].

“En la época de las Cruzadas los apóstoles de la Verdadera Luz. . . se juntaron á los Cruzados. Tomada Jerusalén por asalto, nuestros mayores recobraron la posesión del Templo, objeto único de sus deseos.

“En 5122 Balduino II, Gran Maestre del Orden, instituyó los Grandes Caballeros de San Andrés ó Príncipes del Real Secreto. Una diputación de estos, reconquistada Jerusalén por los bárbaros, fué expedida á Upsal á ocultar los preciosos restos del archivo del Orden. . . .

“En 5295 los Príncipes Masones los sacaron de allí, y vinieron á depositar este tesoro y á radicarse en Escocia. . . .

“Nosotros somos los sucesores de aquellos antiguos Príncipes Masones; y vos no esperéis ser admitido, si no pronunciáis solemnemente los mismos votos. *¿Venís en ello?*”

Antes de aquilatar en ley y justicia esta prueba, vamos cuanto antes á quitar de en medio un escrúpulo ó chinita, que podría ser causa de tropiezo para alguno menos avisado. La chinita la forman aquellas palabras del Caballero Kadosch: “proscrita más de *cinco siglos ha*.” No hay que andar en cavilaciones: los cinco siglos y pico sumados á los 1312 años, fecha de la extinción, nos llevan á los años de 1812 con algo más. Pues bien, esta data no es la que marca la institución del grado, que ya estaba hecha de mucho atrás, aun conforme á la versión más desfavorable, sino la data que corresponde á la edición del ritual ó á otra circunstancia. No era de omitirse absolutamente esta observación, según ahora se verá.

Viniendo ya á nuestro negocio ¿el argumento de los grados vale ó no vale? Considerado solitariamente sin ningun otro

(2) La Orden de Caballeros de San Juan. ¿Con que San Juan Limosnero hecho masón?

arrimo ó sustentáculo, una vez supuesta, asegurada ó sacada á flote la contemporaneidad ó siquiera razonable proximidad de la institución del grado con la existencia de aquellos templarios, triunfa el argumento y se levanta poderoso, irresistible: si vacila ó naufraga la suposición hecha, queda reducido á uno de tantos eslabones que forman el encadenamiento de la tradición sectaria.

De suerte que se ha de abrir otro debate en este sentido: ¿Los grados de Caballero Kadosch y de Príncipe del Real Secreto son comparativamente antiguos ó modernos?

En esto tratan de meter el montante los maestros en Arte Real, contándonos á grito herido, que los Templarios, aun después de su *injunta proscripción*, siempre han sido y nunca han dejado de ser por sucesión firme y cerrada; que si no, ahí están, que no me dejarán mentir, vocifera el h.: Willaume, "los Caballeros de San Juan de Jerusalén, más conocidos con el título de *Templarios*, sucesores inmediatos de los antiguos Caballeros del Temple . . . los cuales no son un orden de masonería, aunque fraternizan, lo mismo que sus antepasados, con los francmasones y los visitan con el dictado de Masones del Orden de Oriente . . . (1)."

Mas ¡ay! Willaume, eres turco y no te creo; y todos vosotros sois turcos en cuestión de genealogías, y sólo se os puede creer á beneficio de inventario; ó bien, entonces sí, cuando *de veras* os tirais los trastos á la cabeza unos á otros, ó cuando habláis contra vosotros mismos, que entonces buen cuidado nos tenemos de daros con un *ad hominem* encima, que os deja descalabrados y maltrechos.

Con que venimos á parar en la misma duda: ¿Los grados de Caballero Kadosch y de Príncipe del Real Secreto son comparativamente antiguos ó modernos?

(1) *Tuileur* (Retejador.)

Muy modernos no deben de ser, cuando uno de los más sanos enemigos de rancias progenies, nuestro conocido el Antiguo Rosa-Cruz, nos participa que ya en 1650 suena en la masonería el nombre de Santiago Molay. Mucho más antiguos no cabe tampoco conjeturarlos, á ser valedera la opinión de Eckert, quien en sus notas al manifiesto de Colonia, pretende inferir de éste, que hasta 1535 no se estilaban otros grados más que los allí mencionados y el de Arca-Real. Pero ni sería este el primer renuncio en que el celoso investigador alemán hubiese caído con toda su sana intención, ni tampoco los solapados padres conscriptos de Colonia vinieron del otro mundo á certificarle de haber vaciado todo su corazón en la celeberrima Carta; cuando con tantos embozos recatan, hasta los términos prudentes, la genuina naturaleza y fines verdaderos de la sociedad, cuando entran abominando de su ascendencia templaria para desmentir hablillas y disipar recelos. Ahora teniendo en cuenta, según es cosa averiguada y á todas horas comprobable por los rituales, que la flor de la masonería anida y fermenta en los grados templarios ¿cómo era de aguardar de la socarronería de los bellaquísimos varones, que descompasándose en hablar de aquellos, diesen de una plumada al traste con su muy estudiado disimulo y por su necio antojo fuesen á ponerse en las astas del toro? Por consiguiente, en orden al objeto de nuestra curiosidad, el forzado ó amañado silencio de la dichosa Carta no significa nada.

Con que por ahora con toda confianza podemos hacer alto en 1650.

¿Nos será lícito avanzar más en nuestra marcha retrógrada? Sí. Puesto que en 1519 se inauguró la fábrica de la *Capilla de Mosen Rubí*, y en ella resalta entre tantos emblemas la insignia de caballero templario, el puñal que blandido por un brazo desnudo atraviesa un globo, alargando á doce años la du-